

EL SÍNDROME DEL ESTAFADO

Hasta los catorce o quince, llevé agarrado a los tobillos ese lastre de culpabilidad y modestia que dan los colegios de monjas. Eso y una orla donde apenas se distingue una dentro de esa tribu de chicas idénticas en sus uniformes azul marino. Proyectos de mujeres católicas y abnegadas para los sueños cercanos y agnósticas resentidas a largo plazo. Con las faldas tableadas remontando los gemelos y el cabello largo oscuro tocado con una diadema dentada de color blanco. Novicias en miniatura. Tardé diez años más después de haber dejado el colegio en desprenderme de muchas ideas que las monjas entienden como bendiciones, cuentan como leyes e inoculan como amenazas.

Demasiadas patrañas que mantuve mucho tiempo sin atreverme a cuestionar. Y aun así, nunca me he lamentado de haberlas creído, porque como buena infeliz que perdió la seguridad en todo cuando perdió la fe, siempre pensé que por haber sido aquella niña soy ahora mejor persona.

El domingo a las doce, después de salir del confesionario, era el único día de tu vida que corrías a la cocina y con una de esas sonrisas llenas de dientes de leche le decías a tu madre: “¿Pongo la mesa, mamá?”. Y esa voccecita de roedor descendía aún dos escalas más en el registro tonal hasta igualar el timbre que habían de tener los mártires de Herodes. Era el único día que comías casi todo, que no había quejas ni caprichos, que entrabas en el pijama antes de tiempo, y el transcurso de la jornada se convertía en una gincana donde tras cada esquina y dentro de todos los cajones desestimabas una vez más las posibilidades de pecar. Y llegaba la noche y rezabas con gusto (tantas otras veces era con desidia y arrastrando los bostezos), y porque eras un niño y el sarcasmo no estaba al alcance, pero podrías haber chillado: “¡Mátame, Dios, mátame ahora! Que tengo el alma más blanca que las plumas de un arcángel”.

Viví del miedo, no lo niego. Viví un año entero pidiéndole a Dios que no me llamase para ser monja después de que la madre nos dijera que era él quien escogía a sus discípulas. ¿Y qué más iba a pedirme? Si yo ya era el germen de la inocencia atada a mis tres Salves nocturnas...

Una noche recé llorando y se curó, y el coche de mi padre no nos dio ningún disgusto porque mis oraciones avalaban nuestra supervivencia. Todo estaba zanjado tras persignarme, al menos mi parte del trabajo. Y nunca desconfié de que Dios no cumpliera con eficiencia su parte del trato. Sólo Él sabía por qué en otras partes del mundo las cosas estaban hechas un asco.

HE DICHO

Nombrarse no es lo mismo que ser, si antes no se es para nombrarse. No fue primero el verbo y luego la identidad de las cosas. Fueron las cosas y luego buscamos palabras para denominarlas. Digo esto con el rigor de un conocimiento insuficiente, pero fue lo primero que pensé al escuchar a Rafael Amargo, tras su fracaso en la organización de la Gala de la Reina de Carnavales en Tenerife – durante mi estancia en Canarias este hecho anecdótico se convirtió en un problema de Estado - decir que él era un artista y que si alguien no había disfrutado con su espectáculo era debido a que no “entendía la poesía”. Como él, millones de artistas se nombran y renombran sin pedir permiso al Arte.

Hoy día es suficiente predicar para ser aquello que se predica, aunque finalmente tan sólo se sea eso, un predicador. Ser artista es tan sencillo como creérselo y verbalizarlo. Para ser escritor, listo, cantante, sabio basta con ponerlo en el currículum. Para ser delincuente no hace falta una sentencia condenatoria. En política, todos son mentirosos, sólo porque lo dice el líder del partido contrario. Cuando morimos, del último al primero, somos buenas personas, a pesar de que hayamos mordido en vida. Querer es lo mismo que amar. Gritar que callar.

Las palabras se han convertido en piezas falsas de una realidad relativa, sin que importe indagar en lo que realmente somos, sentimos y hacemos, aunque sea la conjunción de todas esas predicaciones, a veces contradictorias. Construimos con términos que no sabemos utilizar, no conocemos, y no pensamos antes de emitirlos y darles vida. Así vamos dando identidad a lo que nos rodea. ¿Dónde ha quedado la observación, el análisis, la búsqueda de la definición, aunque ésta sea inalcanzable? ¿Dónde la exigencia de la demostración? ¿Cuándo cuestionamos?

Y nada tiene que ver romper con Él con dejar de ser piadoso ni educado. Cuando un día ya te levantas y sabes que toda la miseria de más allá de tu alféizar puede entrar, porque no hay barrera divina en torno a ti que te vacune el futuro. Y hace siglos que lo sabes, pero no tenías coraje: “Ya basta, no estás, porque cuanto más busqué menos he hallado”. Y he aquí el desenlace de los que creímos tan hondo a los ocho años que ahora apenas podemos creer en nosotros mismos, porque delegar la responsabilidad a estas alturas en un ser tan caduco y tan voluble es como que a un granjero le pidiesen que dirigiese Microsoft. Y habrá algún siglo que se estrene sin abetos ni Reyes Magos y se estrenarán hordas de niños que crecerán más confiados porque no les abrieron la vía para creer en nada invisible. Ya empezó. No hace tanto. La generación de los escépticos. Si tuviese que dar un nombre a la época venidera, sería ese, por mucho que la fe sólo haya cambiado de contratante buscando el recurso y el alivio en el progreso o en la ciencia. Cuando esto pase, cuando muera el último que sufrió los mayos de un colegio franciscano, el último que a los nueve años durmió con una estampa de la Inmaculada entre las manos, el último que pidió a Dios que redimiese a su cocker spaniel, la verdad, me pregunto a qué alevosa esperanza se van a agarrar para poder culparla de adultos.

Tuve miedo y me engañaron, pero seguí siendo piadosa. Fui timada, no lo niego. Y después no sentí culpa por desnudarme en camas donde no rezan, ni por ser una soberbia mentirosa en Infoempleo, ni por hallar tan amenos los rumores dañinos. De todo eso me curé, porque casi todos los que creímos tanto terminamos recortando esa moral a nuestra talla. Y quince años después de aquellas tardes en la capilla con olor a agua bendita (tenía olor con ocho años, lo prometo) y de encender velas a los pies de un santo, salieron benditos y cabrones hacia todas direcciones. No garantiza adultos solventes y no voy a conceder el privilegio.

Pero nada me va a salvar de que nunca más habrá una época en la que me acueste y me arroje y crea que todo estará bien mañana porque yo lo he suplicado, que quiera ser competente sólo por deferencia a un ser supremo, que crea que las desgracias se me recompensarán con creces y que sea yo de los que hereden la Tierra. No hay valiums en el mundo para igualar esa calma. Y es de ingenuos y ya no lo creo, pero no puedo evitar deseárselo. Sigo esperando que alguien, Stephen Hawking, me dé la coordenada exacta en la que un Dios ocioso sabe todos los motivos de por qué nos engañaron y encontramos la traición tan placentera.

C.ARAÚJO

Heidegger en su Carta sobre Humanismo, se refiere al lenguaje como “la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los pensadores y poetas son los guardianes de esa morada. Su guarda consiste en llevar a cabo la manifestación del ser, en la medida en la que, mediante su decir, ellos la llevan al lenguaje y allí lo custodian”.

Los guardianes de lo que ahora somos se reproducen en los medios de comunicación – en los que me incluyo – que nos envían información como si fuera conocimiento y a su vez son los altavoces de más guardianes interesados en crear mundos.

La información ilimitada e indiscriminada que nos anega ni siquiera sirve para construir un saber enciclopédico, porque es efímera y tiene fecha de caducidad en el aquí y ahora. Si no pasa a ser conocimiento, mañana es vacío. Los datos, la abundancia de datos aleatorios, son el opio de nuestra ilustración. Se derrumba con el exceso. Ya no existen los sabios, si alguna vez existieron.

Ahora proliferan los lorocutores, sabelotodos, que profieren instantáneas de la actualidad como dogmas de fe. Cambian el sustantivo por el adjetivo, y hacen de la realidad lo que ellos quieren. Lo que les interesa. Ya no es importante conocer, argumentar, convencer. Basta con señalar con el dedo. Y en medio del desconocimiento valoran, espetan, escupen, y construyen realidades.

Es este mi caso que hablo de un mundo que desconozco. Sin embargo el lenguaje tiene que estar al servicio de lo que somos y yo soy ahora este pensamiento que expongo. De esto nos servimos para entendernos, pero a veces pareciera que nos es-

tamos engañando.

Y todo esto en realidad para preguntar: ¿si el arte es unidireccional o necesita de receptores que lo califiquen como tal? ¿Existe el arte inacabado?

L.FERNÁNDEZ

